

No todos los viajeros pueden señalar con tales mármoles la senda que atraviesan.

En cuanto al lector, le bastará hojear el libro para oler incienso y saborear la miel.

PEDRO CÉSAR DOMINICI

Madrid, 1911.

## OFRENDA

No para tus pobres oídos mortales, sino para que las escuches con lo más íntimo y puro de tu alma, escribo estas palabras incoherentes; palabras sueltas, como notas dispersas de una canción perdida en los vientos, como perlas desengarzadas de un collar roto por las manos displicentes del tedio en los momentos más áridos de la vida.

Tuyas son. Sólo tú puedes reunir las de nuevo en un ramillete de emoción y de armonía. Sólo tú puedes volver a engarzarlas en los hilos de oro de este rosario sentimental.

Tú sabrás comprenderlas y sentirlas, porque el dolor y la nostalgia han sensibilizado tanto tus oídos,

que puedes no sólo escuchar, sino interpretar el silencio.

Desde las ruinas de mi corazón van al tuyo, sangrando en un vuelo cándido, de palomas heridas...

¡Manos de piedad y de consuelo, de paz y de salud, sed propicias a estas líricas palomas moribundas! ¡Dadles un poco de calor sobre su seno y un poco de eternidad en sus labios!...

Y si después, las soltáis, para que vuelen a morir en la soledad gris de sus desiertos, su agonía será menos dolorosa, habiendo sentido el calor de su seno y la ternura infinita de sus labios.

Amada de ayer, de hoy y de mañana, de la Santísima Trinidad del Tiempo, que en tu cámara vasta y fría, te deshojas de soledad y de abandono, como una flor enferma bajo las primeras lluvias del Otoño, contemplando la inutilidad frágil y bella de tus manos trasparecer a la luz melancólica de los góticos vidrios emplomados... Un paje enlutado se curva ante tu trono y deposita sobre tu falda, como un tesoro, este pequeño libro miniado y florido de sangre y alma, y después, se retira silencioso y pálido, desvaneciéndose detrás de los cortinajes, como la sombra de quien no ha de volver nunca.

No le preguntes, no le detengas; no inquieras ni a dónde va, ni de dónde viene, ni quién te envía este libro...

Abre sus páginas, y en tus horas de soledad y de abandono, derrama sobre ellas una lágrima, una sola lágrima de misericordia por el que nunca ha de volver.

Yo me pregunto siempre:

—¿Por qué la amo?

Y en esta interrogación se encierran para mí todos los misterios de la vida.

Su amor es algo fatal y eterno que, inexorablemente, renueva en mi corazón el mito cruel y doloroso de las entrañas de Prometeo.

La he amado, antes, en presentimiento, como la amo ahora en realidad, como más tarde la amaré en recuerdo...

Y a veces pienso:

—¿No será también este amor un recuerdo?

Todas estas dulces palabras ¿serán ecos de otras voces pretéritas?

Juraría habérselas dicho antes... Juraría haberlas oído de sus labios...

¿Cuándo? ¿Dónde?

Siempre y en todas partes.

Yo he sido al principio algo suyo, como ella ha sido algo mío...

¿Carne de mi carne? ¿Espíritu de mi espíritu?

Todo, y más que todo.

Y estábamos tan orgullosos de ser uno, que alguna Divinidad, celosa de nuestra dicha, nos separó, para castigar la soberbia locura de nuestro sueño. Ella se fué con lo mejor mío, y yo me quedé con lo mejor suyo.

Y desde entonces nos buscamos y perseguimos en todos los amores trágicos, a través de todos los amantes célebres.

De nuestra separación nació el amor.

Y desde aquel momento, las flores, las aves, las bestias feroces, los hombres, las estrellas, todas las cosas vivas de la creación se buscan para amarse.

En su alta torre de granito, con la lámpara encendida para guiarme a través de la noche y de las olas, Ella se ha dormido, cansada de esperar, en las riberras del Helesponto.

Y yo, con los cabellos flotantes a la tempestad, he luchado contra el oleaje, hasta estrellarme en la impasibilidad de las rocas, los ojos y los brazos tendidos a su amor, en el desesperado esfuerzo de las agonías interminables...

Este terror al mar, a la caricia fría y pegajosa del agua salada, que estremece, a veces, hasta la más profunda raíz de nuestros cabellos ¿no será el recuerdo ancestral de aquella tragedia nocturna?

Sus manos, en un primaveraal plenilunio de Verona, me han tendido la escala de seda desde un antiguo mirador de mármol.

Y nuestros labios, en el frenesí de los besos absorbentes, han rimado, antes que el gran poeta inglés, la inmortal despedida de Romeo y Julieta:

—«Aún es tiempo... Espera... Espera...

—¿No oyes la alondra que canta?

—No es la alondra... Es el ruiseñor, que trina en el granado florido... ¡Espera... espera... espera!»

Ese deseo imperioso que la lleva en las noches de luna, a la balaustrada de su terraza de mármol, y hace que su corazón se estremezca con los perfumes de las rosas y los trinos de los ruiseñores ¿no será también un recuerdo de aquella escena inolvidable?

¡Oh, cuándo llegará nuestra hora plena, la hora en que volvamos a ser lo que fuimos: una sola alma en un cuerpo único!

¿En qué camino, en qué estrella nos encontraremos para fundirnos de nuevo, y amarnos más aún que al principio, porque amaremos en nosotros, no sólo nuestro amor, sino el amor de todos los amantes célebres, de los astros, de las nubes, de las aves, de las flores, de las fieras, de todas las cosas creadas y por crear en la Naturaleza?

¿Qué importa que aquí y allá, que hoy y que mañana, dentro de un año, dentro de un siglo, pasemos de largo, sin reconocernos, a través de otros cuerpos y de otras almas?

Para los que aman, la eternidad se reduce a un instante supremo: el instante del beso.

Un sólo beso puede prolongar el amor hasta lo infinito...

¿Cuándo nuestros labios se darán ese beso inmortal y único?

## II

¿Hermana, amante, esposa, madre, hija?...

¿Vida o muerte?

¡Qué sé yo!

Todo eso y algo más: yo mismo, porque sin ti no me concibo, porque sin ti yo no sería yo, sino otro, tan extraño, tan diverso, tan absurdo que no me reconocería.

La Vida, el Amor, el Deseo, la Gloria, la Eternidad, Dios y la Muerte, son los siete velos con los que danzas—¡oh, paradójica Salomé!—en mis fiestas interiores, en los divinos banquetes de mi espíritu.

Los más bellos sueños y las más terribles realidades, son las ajorcas, los cintillos, los brazaletes y los

collares que hacen fúlgidas y sonoras tus más leves insinuaciones.

Yo también, para complacerte, haría rodar, al golpe de un yatagán de plata, sobre amplias bandejas de oro, las cabezas de todos los austeros profetas que rugen maldiciones, encerrados en las mazmorras de mi alma...

Porque sólo tú existes para mí.

Fuera de ti, sólo vive tu recuerdo.

Y tu recuerdo ¿qué es sino mi amor que te multiplica y te adora en todas las cosas bellas de la Naturaleza?

¡Hermana mía, la de los ojos de paloma y las manos de lirio! Mis ojos estallan de dolor, las espinas taladran mis sienes; la sangre ciega mi vista; mis miembros crujen sobre el madero...

¿Hasta cuándo me dejarás crucificado en mi Calvario?

¡Amada mía, la de los senos pródigos como fuentes y los labios dulces y frescos como panales! Mi garganta se asfixia, mis venas arden bajo el sol; mis rodillas se doblan... ¡No puedo más!...

¿Hasta cuándo me dejarás morir de sed en mis desiertos?

¡Esposa mía, alma de fidelidad y carne de ternura! La noche amortaja mis cansancios; el huracán azota y encrespa mis cabellos húmedos por la lluvia, el frío paraliza mis miembros, y mi mano se fatiga de llamar en vano a tu puerta...

¿Cuándo veré en el umbral, a la luz de la lámpara doméstica, resplandecer tu figura, toda de blanco como un ángel bueno, y oíré tu voz que tímida suspira:—Entra!?

¡Madre mía, regazo de piedad y voz de bálsamo! Tengo sueño, mucho sueño... Mis párpados son de plomo, y mi alma y mi cuerpo devorados por todos los dolores, son como dos cervatillos heridos que van a refugiarse en tu seno...

¿Cuándo tu acento de dulzura y de paz, me adormecerá sobre tu falda, cantándome esas viejas tonadas que no se olvidan nunca?

¡Hija mía, vida de sacrificio y espíritu de inmola-ción! De tanto llorar cegaron mis ojos; de tanto caminar sangran mis plantas, y mis oídos ensordecieron de tantas palabras vanas como han escuchado... Me encuentro en las tinieblas, perdido entre dos abismos...

¿Cuándo sentiré entre mis manos heladas, el calor

de las tuyas para guiarme en esta noche perpetua?  
¡Amor cruel e insaciable, hecho con todos los amores y todos los odios del mundo, ¿cuándo me darás la muerte para renacer a la vida nueva de tu amor?  
¿Cuándo?... ¿Cuándo?... ¿Cuándo?...

## III

Muchas veces, en horas tuyas, he pensado, al mirar en los espejos encantados de la soledad y del silencio, multiplicarse hasta un infinito de ensueño, fulgurantes de ti, mis insomnes pupilas:

—Mis ojos ¿son mis ojos o son los tuyos?

Sólo a tí veo en ellos, como si tú y yo fuésemos algo tan consustancialmente inseparables como la sombra y el cuerpo.

Cuando desapareces tú, viene tu recuerdo; y mis ojos se llenan de joyas de oro, de chispas de diamantes, como si fuesen cisternas donde se reflejasen todas las estrellas del cielo.

Estas ojeras que agrandan y ensombrecen mis pupilas ¿nacieron de mis insomnios o de los tuyos?

Ciñen realmente, como coronas de amor, mis ojos  
¿o las he visto en los tuyos, y por eso los veo ahora  
en los míos?

¿Las he soñado en tí o en mí?

¿Brotaron bajo tus besos o bajo los míos?

Violetas efímeras, se abren en el trascurso de una  
mirada furtiva, y se deshacen en un fugitivo parpa-  
deo, para volver a brotar y a morir. Y así siempre  
como este amor que se enciende y se apaga eterna-  
mente, y que desaparece para surgir de nuevo, más  
intenso, más voraz, más absorbente, y para el cual  
no hay tiempo, ni barreras, ni distancias, porque sabe  
hacer de la misma muerte un principio de vida.

Ojos tuyos, ojos míos, ojos de los dos... ¿Hasta  
cuándo seréis distintos?

¿Hasta cuándo?

¡Oh, el día en que todo lo veamos a través de un  
solo sueño, y no exista ni lo *tuyo* ni lo *mío*, sino lo  
*nuestro!*

## IV

Muchas noches me acarician mis manos entre sue-  
ños, y despierto, temblando de emoción, creyendo  
que son las tuyas que me reclaman a la vida.

Bajo la luz velada de la lámpara de bronce, bajo la  
luz casi irreal que nos vigila, me curvo sobre el lecho  
y me quedo inmóvil—horas enteras—, contemplando  
traspasarse mis manos, idealizarse, hasta confundirse  
con las tuyas, al beso absorbente de mis pupilas fe-  
briles.

A veces, las llevo hasta mis labios, y las beso con  
unción, siguiendo con mis besos los caminos azules  
de las venas y las líneas complicadas y agoreras de  
sus palmas cálidas y suaves como terciopelos vivos.

Te deseo, te busco, te palpo y te acaricio en mis

propias manos, bellas y exangües como las tuyas.

¿No serán nuestras manos una misma cosa?

¿No serán dos rosas gemelas de romanticismo, que brotan y se deshojan bajo la blanca frialdad de la luna, en un mismo rosal de ensueño?

¿Tú no has acariciado nunca mis manos en las tuyas, como yo acaricio las tuyas en las mías?

Mis manos huelen a tus manos, están unguadas de tí, de tus cabellos, de tu cuerpo, de tu alma, de todo lo tuyo.

Las aspiro hasta embriagarme, hasta palidecer, hasta extenuarme, como se aspira un perfume mortal, una de esas flores raras de la India que dan el olvido y la muerte. Y muchas veces, siento ansias irresistibles de morderlas, para absorber en ellas, como un veneno, el sabor eterno y único de tu sangre divina, siempre la misma y siempre diferente.

## V

¡Tu sonrisa!...

¿Qué es tu sonrisa?

Para la frivolidad, una gracia más, entre las infinitas gracias que se adornan contigo.

Para los que sienten hondo y piensan alto, un enigma, algo así como la suprema síntesis de la vida y de la muerte.

Para mí, es algo más: una revelación. Es toda el alma que afluye a flor de tus labios y se desborda en ellos, como un vino generoso de oro en un cáliz de rubíes, porque tu cuerpo es ya pequeño para contenerla.

Tu sonrisa es como un tálamo imperial de púrpura y de perlas, donde nuestras almas se entregan a

los espasmos frenéticos de su amor insaciable de Dioses.

De tu sonrisa surgirá algo eterno, inmemorial, que pondrá un sello de admiración en los labios de las generaciones futuras.

De las cinco partes del mundo, saldrán interminables caravanas de gentes, sedientas de dulzura, para purificar en tu sonrisa sus vidas atormentadas.

Yo haré de ella, como el divino Vinci de la sonrisa de Monna Lisa del Giocondo, la síntesis suprema del Arte.

Cuando sonrías, me siento inundado, hasta en los poros más ocultos, de un rocío místico.

Mi alma entera se disuelve en tu sonrisa, como un grano de incienso en una patera de oro y de rubíes.

Y mi alma, y mis labios, y mis ojos y hasta la raíz de mis cabellos, sonrían también, como si todo mi ser fuese un espejo que centuplicase tu sonrisa.

¡Oh, tu sonrisa! ¡Sonrisa de ayer, sonrisa de hoy, sonrisa de mañana, libre de toda ley de tiempo y de espacio, capaz de amansar en los circos a los leones más feroces!...

¡Mi lujuria es también un león domesticado por tu sonrisa!

## VI

¿Te acuerdas?

Desde el esbelto mirador gótico, que blanqueaba de mármoles en la fantasmagoría romántica de la Luna, inclinada sobre el silencio de la noche, como sobre un corazón moribundo, esperabas el milagro...

Y tu ansiedad era tan profunda que varias veces te llevaste la mano sobre el pecho, temiendo que fuera a estallar de impaciencia.

Tus collares, tus joyas y tus ropajes recamados de gemas, te ceñían como llamas vivas, en un incendio de fastuosa pompa oriental.

Y tu carne de seda y de ensueño, se retorció y temblaba, como una santa en martirio purificador y purpúreo del fuego sagrado.

Bajo el peso de tus cabellos profusos, como bajo una tiara fabulosa, se curvaba tu cuello en una interrogación persistente y desolada...

¿Qué preguntabas a las aguas verdosas de algas y fosforescentes de luna y de misterio, de los canales desiertos?

¿Qué buscaban tus ojos, perdidos bajo los arcos marmóreos de los puentes, en la alucinación nocturna?

¿A qué fantasma, a qué sueño tendías las manos anhelantes, en la soledad blanca de luna y perfumada de jazmines, de la hora romántica?

La silueta lejana y confusa de una góndola empaquesada de flores como un tálamo nupcial, tembló en la profundidad insomne de tus pupilas; y el rumor remoto de unos remos de plata, algo así como un desgarramiento de frágiles y trémulas sedas de cristal, llegó a tus oídos, atentos a la noche y a la esperanza, haciendo palidecer con livideces de marfil viejo tu altivo semblante de medalla antigua, de camafeo bizantino.

Después... ¿Recuerdas aún?...

Tus cabellos largos y profusos, olorosos a todas las intimidades de tu cuerpo, descendieron, temblando,

en el silencio, como una escala de amor y de misterio.

Y tus brazos y tus ojos y tus manos y tus labios, y toda tu carne voraz, hambrienta de caricias, y toda tu pobre alma, sedienta de ternura, desfallecieron de felicidad, en un éxtasis que dejó en tus recuerdos algo así como el presentimiento de los cielos.

Noche epitalámica, noche perfumada de cabellos y de algas, sonora de oleajes y de besos ¿exististe alguna vez para nosotros?... ¿Existirás aún?

Los siglos, los años, los días y los instantes, pasan, y tornan de nuevo para volver a pasar; y siempre hay una sombra esperando en un mirador, y una góndola dispuesta a zarpar para donde la esperan.

Pero la mayor parte de las veces la góndola pasa, pasa, se aleja y se pierde... Y sólo ven nuestros ojos, blanquear, a la luz de la luna, un pañuelo que nos dice adiós para siempre, camino de la fatalidad...

VII

Sí, tu mano ha tenido hoy para mí crueldades insospechadas y monstruosas...

Tu mano tan frágil, que parece pronto a deshacerse, como si fuese de humo, al soplo de un aliento; tu mano, de suavidad de terciopelos y mansedumbres de paloma, se ha trocado ahora en un halcón hambriento.

Ha clavado, inmisericordiosa, sus garras de acero en mi corazón, estrujándole avaramente, hasta dejarlo sin una gota de sangre, como una esponja exhausta.

Y mis ojos lo han visto...

Sí, estos ojos que sólo te ven a ti, siempre, de cerca y de lejos, abiertos y cerrados, han llorado en silencio toda la desesperación de su orgullo afrentado

en pleno rostro, viendo tu mano entregada, con abandonos de amante, a la caricia frívola e inespresiva de otras manos vulgarmente curiosas...

¿No sentiste clavarse en tu nuca, hasta abrazar la raíz más honda de tus huesos, la fulminación ardiente y violenta de mis ojos celosos?

¿Desgarró algún puñal tus entrañas?

¿Sentiste en el corazón la mordedura venenosa de un áspid?

Lo cierto es, que ahogaste de súbito un débil grito y palidiciste como una muerta, y te ví vacilar como si te acometiesen de pronto los temblores de la agonía...

Tu mano, esa divina mano que yo estrecho en sueños y a cuyos dedos he ceñido tantas veces, como sortijas nupciales, todos los rubíes y los granates de mis besos, es con su belleza heráldica, como una invitación al deseo de todos los ojos, de todas las manos, de todos los labios...

¡Oh, yo quisiera que esa mano tan bella que nunca puede olvidarse, fuese presa de la lepra más repugnante, para que nadie se atreviese a mirarla, a tocarla, a besarla, más que mis ojos, mis manos y mis labios!

## VIII

Esos galantes de cortesanos que te rodean, que espían y se reparten tus sonrisas como joyas hurtadas, que se arrodillan a tu presencia como si fueses un ídolo, babean de lujuria, siguiendo el rastro de tus perfumes, y palidecen como eunucos bajo la música de tu voz, ¿que aman en ti sino lo externo y superficial, aquello que no es exclusivamente tuyo, porque es de todos: la Belleza, la Juventud, el prestigio místico de tu Bondad y la virtud milagrosa de tu Inteligencia?

¡Oh, ridículos cortesanos, no comprenden que todo cuanto aman en ti es vil y deleznable, anodino y efímero, como los deseos y las esperanzas que despierdas en tus carnes fugaces, agusanadas ya por la Muerte!

Esa belleza tuya, tan suave, tan frágil, tan delica-

da que reclama el pincel místico de Botticelli, o el mármol puro de Donatello, ¿qué puede durar?

Mañana, un accidente cualquiera, una enfermedad, no dejarán rastro de ella.

Un ácido puede comerse lo que todos anhelan.

La viruela conseguiría hacer desaparecer las líneas impecables de tu busto clásico.

Un cáncer pudiera devorar tus labios y corroer tus ojos, para absorber tu sonrisa y beberse la luz de tu mirada. Y entonces, ¿qué amarían en ti tus cortesanos?

¿Qué verían los espejos que palidecen al copiarte, sino la floración sangrienta y repulsiva de tus llagas? Y esa juventud tuya, tan incitante y tan comunicativa que hasta hace soñar a viejos decrepitos y a los árboles secos, con resurrecciones y primaveras imposibles, ¿qué es sino un débil reflejo y una vaga sombra de tu belleza?

Los años arrugarán tu tez, esprimirán tus senos, deformarán tu vientre adelgazando tus dedos de tal forma, que los anillos se caerán de ellos por sí solos, y dejando en tus ojos como dos espejos turbios donde habrá de reflejarse el tedio profundo de la vida sin objeto.

Y entonces, ¿qué harán tus cortesanos? ¿Para qué

te servirán tantas joyas y tantas galas, como hoy almacenas en tus arcones de cedro tachonados de lises de plata?

Serás como una momia egipcia amortajada en sedas, en perfumes, en púrpuras y en oros.

¿Y qué decir del prestigio de tu bondad?

Tu bondad sólo pueden amarla los eunucos.

Tu bondad es de todos...

A todos se entrega y se reparte por igual... En la gamella pública donde los miserables se comen las sobras de los espléndidos festines de tu alma. Y tu inteligencia, tu pobre inteligencia de mariposa, que va de flor en flor, libando en todas y sin concretarse en nada ¿qué es y qué vale, comparada con las grandes inteligencias creadoras, que descienden hasta los abismos más profundos y se elevan hasta los astros, para extraer la suprema y fecunda síntesis de una idea nueva?

¿Acaso tu vivaz inteligencia de golondrina puede mirar cara a cara al sol, sin quemarse, como las águilas?

¿Podría despojarse de todo abrigo carnal, en la soledad de la cumbre más alta, y vivir eternamente, calentando el mármol de su propia estatua? ¿Sería

capaz de atravesar los desiertos, sin morir de sed?

¡Oh, tus mezquinos cortesanos, sólo aman en ti lo que tienes semejante a ellos, lo superfluo, lo baladí, lo fugitivo, todo lo que está dentro de la órbita del tiempo y del espacio!

¡Cuán diverso es mi amor!

Yo te amo a ti misma por ti misma, sin ningún otro prestigio, sin ningún otro valor.

Adoro lo que tienes más de tuyo, lo que perdura á través de todas las vicisitudes, de todas las evoluciones; lo que hay en ti de inmortal y único; tu alma de elección y de insaciabilidad, que es también como un prolongamiento sonoro de la mía.

Y desprecio tu belleza y tu juventud, y tu bondad y tu inteligencia, porque son comparadas con tu alma como sargas y collares de vidrio frente al oro más puro y las gemas más gloriosas.

Y aunque tu cuerpo sangre como una llaga, aunque la edad te curve como a un ramo seco, aunque te trueques en venenosa como un áspid y en cruel como una hiena, y tu inteligencia descienda hasta el nivel de la de esos cortesanos que se postran y rodean tu trono, yo seguiré amando en ti lo que en ti hay de eterno y de mío.

Y tú fatalmente, hoy, mañana, dentro de un siglo, aquí, en el infinito, saltando trágicamente por cima de todos los deberes, de todos los obstáculos, en contra de tus propios sentimientos, vendrás a fundirte conmigo, porque sabes que tu altivez de reina sólo puede rendirse ante mi orgullo de Dios.